

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA CAMARA DE SENADORES

PRIMER PERIODO ORDINARIO DE LA XLII LEGISLATURA

34ª SESION ORDINARIA EXTRAORDINARIA

PRESIDE EL DOCTOR ENRIQUE TARIGO
(Presidente)

ACTUAN EN SECRETARIA: LOS TITULARES SEÑORES MARIO FARACHIO Y FELIX B. EL HELOU

SUMARIO

1) TEXTO DE LA CITACION

"Montevideo, junio 7 de 1985.

La CAMARA DE SENADORES se reunirá en sesión extraordinaria, el próximo lunes, a la hora 18, a efectos de tributar homenaje a la memoria del doctor Carlos Quijano.

LOS SECRETARIOS."

2) ASISTENCIA

ASISTEN los señores senadores **Aguirre, Araújo, Batalla, Canabal, Capeche, Cersósimo, Cigliuti, Ferreira, Flores Silva, Gargano, Hierro Gambardella, Macedo de Sheppard, Martínez Moreno, Mederos, Ortiz, Paz Aguirre, Pereyra, Posadas, Pozzolo, Ricaldoni, Rodríguez Camusso, Senatore, Singer, Traversoni, Ubillos, Zorrilla y Zumarán.**

FALTAN con licencia los señores senadores **Cardoso, García Costa, Lacalle Herrera y Tourné.**

3) CARLOS QUIJANO. Homenaje a su memoria.

SEÑOR PRESIDENTE. — Habiendo número, está abierta la sesión.

(Es la hora 18 y 28 minutos)

—El Senado ha resuelto reunirse hoy, en forma extraordinaria, para tributar un homenaje a la memoria del doctor Carlos Quijano.

Tiene la palabra el señor senador Traversoni.

SEÑOR TRAVERSONI. — Señor Presidente: el 10 de junio de 1984 alboreaba la democracia en el Uruguay, pero quedaban todavía muchas sombras de incógnitas por despejar. Y en ese día situado en la lejanía, entre los que soñaban ansiosamente con la esperanza del desexilio, fallecía en México Carlos Quijano.

Nos quedó, pues, pendiente la oportunidad de polemizar sobre los grandes temas que ha discutido el país durante los intensos meses que transcurrieron desde en-

tonces. Y nos quedó la pena de no tener de regreso entre nosotros a uno de los hombres importantes e interesantes que dio prestigio a la República.

Larga fue la vida de Quijano; 84 años de estudio, de trabajo y de inserción en el debate de la problemática del país. Fue abogado y de los buenos; pero no anduvo hacia el título por el estrecho camino del mero estudio. En forma paralela se metió en las luchas juveniles de esos tempranos años, a las que miramos hoy desde el tiempo como tan lejanas y pioneras en sus reivindicaciones y su metodología. Fundador del Centro "Ariel", cuyo nombre todo lo dice, partícipe de los movimientos del Centro de Estudiantes de Derecho, llegó al título en 1924 con las enseñanzas de la cátedra y una experiencia de vida que había distribuido el tiempo sin concesiones al egoísmo.

En el ritual pasaje posgrado por Europa, propio de esa época, compartió su especialización en economía con la pasión de la lucha; fue confundador de la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos, iniciándose en el debate ideológico con otras figuras en formación como Asturias, Arévalo, Haya de la Torre, Mella, Bentancourt y Siqueiros, mientras afirmaba su pensamiento con la influencia de Unamuno y de Ingenieros.

Ingresó en disciplinas tan difíciles como Economía y Finanzas; las atendió como catedrático de ambas en nuestra Facultad de Derecho. Y alcanzó a ser una respetada autoridad en el enfoque de la teoría y en el análisis general y particular de nuestra economía, tan sujeta a los cambios y expuesta a las caídas, y de nuestras finanzas, moviéndose en la precariedad de la pequeñez y la dependencia.

Con vocación de servicio no vaciló ante el ofrecimiento fuera de lo común de nuestro Luis Batlle, y asumió la difícil empresa de conducir el Contralor de Exportaciones e Importaciones. Y aunque tuvo una experiencia breve y salió de ella tal como podía presumirse al ingresar, el episodio demostró por lo menos un intento de trascender la pura teoría y una voluntad de superar antagonismos, cuando de darle una mano al país se trataba.

Incursionó fugazmente en la política activa; no era su fuerte y las ilusiones quedaron por el camino. Fue fundador de la Agrupación Nacionalista Demócrata Social en 1928, con la que obtuvo dos bancas parlamentarias, siendo diputado por una Legislatura en 1929. Enfrentó junto a la dirigencia multipartidaria opositora el golpe de estado de 1933 y fue uno de los que participó en la lucha armada, primero en el abortado movimiento de 1934, en le que fue de los pocos heridos y luego en el de 1935, en el que tras el previsto fracaso de la desorganización y las desarmonías, le tocó llorar la muerte de algunos compañeros.

Abstencionista en 1934 y en 1938, opuesto a la solución negociada de Baldomir en 1942, volvió a la lucha electoral en 1946 con su lema mutilado en Partido Demócrata, cercenado por las impugnaciones legales de nacionalistas y socialistas. Poco más de cinco mil votos mostraron el rostro de la derrota, que se repitió en 1950 como reflejo de su indisimulable desacomodo con los ajetreos de una campaña partidaria. Hasta 1958 mantuvo su adhesión al Partido Nacional, pero en vísperas de las elecciones de ese año, su recordado editorial "A rienda corta", dio cuenta de su separación de filas nacionalistas y de una imprecisa definición por el socialismo, que mantendría sin activa militancia en los complejos años posteriores.

Entre tanto, había llegado a la plenitud su mayor vocación de periodista. Vocación que comenzara en "El Nacional" hacia 1930 y continuara luego en el periódico "Acción" entre 1932 y 1939. Vocación que daría su máxima realización en "Marcha" entre 1939 y 1974, con el semanario que dejara más profunda huella en la historia del periodismo nacional.

En "Marcha" concretaría Quijano su forma peculiar de hacer política, mediante el enfoque crítico de sus recordados editoriales que abordaban en su total interdependencia los problemas sociales, culturales, económicos y políticos. Y dio vida también a formas desusadas del periodismo, incorporando páginas literarias, filosóficas y artísticas e incluyendo en ellas como fórmula novedosa e imprescindible para el lector, la crítica cinematográfica.

Ochenta y cuatro años son un largo tramo de vida para una persona tan atenta a los problemas de su mundo y de su tiempo.

Por ese tramo desfiló todo el proceso de aceleración de la historia, que lo enfrentó a la toma de posición frente a los más variados problemas nacionales y universales.

Comenzó su recorrido cuando el mundo era Inglaterra y Estados Unidos con sus apéndices continentales y extracontinentales y debió asimilar la sorpresa del surgimiento y consolidación de la Revolución Rusa; padeció los estremecimientos de la amenaza del fascismo, tanto como los horrores e incertidumbres de la segunda guerra mundial.

Y se vio envuelto luego en la mundial pugna de los imperios y las ideologías, más la presencia insurgente, desesperada y a veces resignada del Tercer Mundo. Su América Latina, con la que comenzó soñando desde la perspectiva de Ariel, derivó en una miscelánea de conflictos y ensayos de salida, asomada en intentos particulares como la Revolución Mexicana, el Varguismo, el Peronismo, la Revolución Boliviana, la Revolución Cubana, la guerrilla diversificada y el avance final concertado de las oligarquías militares. No pudo ver sino espasmódicos esfuerzos por la unidad latinoamericana, sueño persistentemente frustrado por la fuerza de las fronteras y por la balcanización inducida desde afuera.

Vivió en el Uruguay batllista desde su óptica nacionalista. Sufrió las amarguras generadas por la primer dictadura, las polémicas de su salida negociada, la segunda experiencia batllista, la aparición del ruralismo nardonista, el complejo y corto ascenso al poder de los blancos, el retorno al cauce colorado y los avances del autoritarismo, culminados con la dictadura que lo puso preso primero y lo decidió a exilarse después.

En esos largos 84 años, fueron profundos y vertiginosos los cambios en las ciencias, las letras, las artes y las corrientes de pensamiento. Infatigable lector, Quijano no se sustrajo a ellos, a veces para tomar partido, pero mucho más para transmitirlo todo como docencia crítica.

Aunque tuvo actividades políticas y coherencia, aun en sus cambios de frente, no fue un político sistemático y militante, no le atrajo la posibilidad de un liderazgo y a ello no estuvo ajena, como diría Alfaro, su renuencia a entrar sin ascos en la arena —a veces el barro— de la lucha partidaria. Frente a los ataques implacables de su crítica —sufridos, sobre todo, por los políticos de la primera fila— ofreció con ello el flanco vulnerable de su distanciamiento voluntario de la artesanía política cotidiana, sin la cual no aterrizan las ideas más brillantes.

Si nos abstraemos de lo episódico, que en tan larga jornada de vida puede ser de mayor extensión temporal, encontramos líneas rectoras de su pensamiento y de su esporádica militancia: el liberalismo, el nacionalismo y el antiimperialismo.

El liberalismo, entroncado con lo mejor de su formación francesa y hecho imagen en el gorro frigio de los afiches que cubrieron las paredes montevideanas el 22 de junio de 1939, anunciando la aparición de "Marcha", fue una constante de su pensamiento. Verdaderamente, no un liberalismo del siglo XIX, sino un liberalismo del siglo XX, permeable a las nuevas realidades y sensible a los aportes del pensamiento socialista en cuanto no afectasen la vigencia de la libertad.

Con la bandera del liberalismo expresó militantemente su repudio al falangismo, al fascismo y al nazismo, sin privarse de críticas a la otra extrema, también tota-

litaria. Con la bandera del liberalismo abrió las puertas de su casa periodística a todos los intelectuales que hicieron allí su propio desarrollo ideológico, yéndose algunos, permaneciendo otros, pero tranquilos todos en la seguridad de no ser vulnerada su expresión por la censura.

Su nacionalismo, asentado en las raíces del viejo tronco partidario, se nutrió constantemente y se empeñó en la defensa de los valores vernáculos frente a la penetración agresiva de los imperios. Pero no fue un nacionalismo cerril, cerrado a lo mejor que podía venir desde afuera, sobre todo en el campo de las ideas. Y soñó, en una visión nacionalista más amplia, con la patria grande latinoamericana, nutrida por la conjugación de las urgencias comunes y desplegada hasta con las alas de la utopía.

Fue un antiimperialista intransigente. Hizo objeto de sus ataques esencialmente al imperialismo norteamericano, cuyas agresiones en Centroamérica y en el Caribe acompañaron sus años de formación, en el que identificaba al gran responsable del atraso de las patrias latinoamericanas.

Ese antiimperialismo le hizo mirar con una óptica especial la Segunda Guerra Mundial, alertando permanentemente contra todo aquello que significara encubrir, con las banderas de la lucha por la supervivencia de la civilización, todas aquellas concesiones que lesionaran la soberanía, o todos los emocionales entusiasmos aliadófilos que desarmaran las conciencias frente al peligro que acecharía a América Latina aun después de la victoria.

Su alerta contra el más próximo de los imperios no le hizo descuidar el más lejano pero también presente. Y alentó, antes que comenzara la guerra fría, las ambigüedades de la Tercera Posición que tantos matices y tantas contradicciones albergó. En el aspecto más relevante de su crítica a la pregonada oposición de "mundo libre" y "mundo esclavo", puso al desnudo las llagas de las dictaduras, particularmente las tradicionales dictaduras latinoamericanas, y aun las de España y Portugal de la época, santificadas por su cruzada anticomunista.

Dentro de esas líneas directrices transitó Quijano, "navegando" en "Marcha" y abriendo constantemente nuevas trincheras a la crítica. Sus editoriales, a veces impenetrables para el común, cuando de finanzas se trataba, fueron durante mucho tiempo el terrible fogonazo de los viernes.

Y en el resto del semanario, desfilaron con fidelidad permanente Julio Castro, Ardao y Alfaro y, con diversidad de matices y hasta de oposiciones, los nombres más importantes en la ensayística nacional y latinoamericana.

Muchos de ellos trajeron su fama, pero los más nacieron a ella dentro de sus columnas.

Cuando la crisis nacional de las postrimerías de la década del 60 y comienzos de la década del 70 se llevó tantas cosas por delante, gran parte de la intelectualidad crítica que lo acompañara se deslizó en el torbellino que tenía sus motores en el mayo francés, en los contestatarios de Berkeley, en las extravagancias de Marcuse, en el foquismo de Debray, en la aventura alucinada del "Che" y en la revolución cultural de Mao.

En ese vértigo de impugnación total del sistema, se llegó a la creencia de que lo peor era lo mejor y de allí se extrajeron las terribles consecuencias teóricas y prácticas que padecimos.

Y en las oportunidades que tuvo Quijano para pronunciarse, no prohijó la insensatez. En febrero del 71 editorializaba con claridad:

"Pocos son los que aquí se niegan a transitar la vía electoral. Uruguay es país de tradición y hábitos electorales. Policlasista, con predominio de una clase media ahora muy desmedrada, y pluripartidista.

Sobre esa realidad hay que trabajar. Despreciar el voto es torpeza".

Más tarde, en agosto de 1972, afirmaría más esos conceptos:

"Si el poder civil se ve amenazado por el militar, hay que respaldar al poder civil".

"Para algunos entonces —y se refiere a la época del surgimiento del fascismo europeo— no había que pelear ni morir por la democracia burguesa". "Pero caída la 'democracia burguesa', vino lo que vino, que no es necesario recordar. La enmienda fue sangrienta y mucho peor que el soneto. Y la revolución, a la que prestaría alas y apresuraría el triunfo pasajero de la peor reacción, todavía —a más de un cuarto de siglo de caídos Hitler y Mussolini— está por hacerse. Discípulos de esos teorizadores aún andan por el mundo. Según ellos, que venga cuanto antes lo peor, para que llegue después, más aceleradamente, lo mejor: el apocalipsis y la redención, la tierra prometida y la edad de oro".

Su concepción liberal, su apego al estado de derecho, pese a todas las sustanciales críticas que le formulara, el llevó a izar nuevamente las banderas en vísperas de la caída de las instituciones, cuando algunos se deslumbraron con la retórica militar de ocasión y se aferraron a la esperanza peruanista.

Fue entonces muy claro: "De lo que se trata, pura y simplemente, es de que el poder militar no sustituya al poder civil; el poder militar en su conjunto, como tal. Se trata de que el fusil no mande. El gobierno de cualquier organización que tiene fines específicos, es siempre peligroso. Así un gobierno teocrático, ejercido por los ministros de un culto; así y con más razón, el ejercicio por el poder que es depositario y custodio de la fuerza. Todo entonces se mezcla y no hay equilibrio ni garantías posibles. Porque el fusil es omnímodo".

Después vino, como se anunciaba, la dictadura, y lo peor fue simplemente lo peor, como algunos ahora honestamente reconocen. Quijano mantuvo su acción opositora en los límites obligados, hasta que el episodio desgraciado del cuento dio pretexto para la clausura y para la prisión. Le tocó entonces, a los 76 años, comenzar la dura experiencia de la prisión y luego la definitiva del exilio.

El Partido Colorado participa sin reservas en este homenaje que la Cámara de Senadores tributa a una gran personalidad desaparecida. Desaparecen del primer plano todos los antagonismos pasados y todas las heridas recibidas por los extremos críticos de la falsa generalización. Se realza en nuestro homenaje el destacado señorío de su persona, la fidelidad a su pensamiento liberal, la comunidad en la resistencia a la opresión, su empecinada crítica en lo que tiene de valor contrastante en toda democracia, su largo aliento a la aventura intelectual de tres décadas brillantes.

Quisiéramos expresarnos con la riqueza de estilo que dio a muchas de sus páginas necrológicas un carácter antológico. Pero, en lo nuestro, celebramos críticamente que haya pasado con tanta integridad por la vida. Porque con los grandes aciertos que le permitió su mirada desde la atalaya y los errores inevitables de quien no se mete de lleno a modelar el barro, fue personalmente el signo de una época que, en auge y decadencia se aferraba, como él se aferró, a un sistema de valores aprehendidos en lo mejor de nuestra original historia, valores eclipsados en la embestida que nos llevó con él al exilio interior y exterior, y recuperados en una expresión de la vitalidad democrática de nuestro pueblo, que Quijano tuvo la postrera felicidad de ver en ascenso antes de morir con las valijas prontas para volver a continuar su obra.

(Muy bien)

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador Aguirre.

SEÑOR AGUIRRE. — Señor Presidente: para mí es un alto honor hablar en nombre del Partido Nacional en este acto de justificado homenaje a la memoria de don Carlos Quijano, al cumplirse un año de su fallecimiento,

de su injusta muerte en el amargo exilio de México del que pensaba retornar pero del que no pudo reintegrarse a la patria.

A modo de legado, de mensaje final que demuestra su convicción, su fe inextinguible, en el resurgimiento de la libertad y de la democracia en nuestro país, ha quedado esa su frase tan repetida en estos días: "Las voces del silencio, entre ella la nuestra, volverán a hacerse oír. Con nosotros o sin nosotros". Y es sin nosotros, es decir, sin él, que su voz vuelve a hacerse oír de un confín a otro de nuestro país. Resuena hoy aquí en esta Cámara de Senadores, en nuestra palabra deslucida, seguramente sin su brillo, sin su talento, sin su autoridad, pero reflejando los mismos conceptos de fe en la libertad y la vigencia inextinguible de la dignidad del ser humano.

Nunca tuve el privilegio de tratar en persona a don Carlos Quijano, pero debo sí decir que mi primer recuerdo de un acontecimiento político, la primera anécdota que yo puedo narrar referida a un personaje político, tiene que ver, precisamente, con don Carlos Quijano.

Corría el año 1945 y yo era un niño de muy corta edad. Mi padre, que había sido su compañero de estudios en la Facultad de Derecho, tenía en sus manos un ejemplar del diario "El Plata", donde se publicaba una caricatura del inolvidable "Peloduro", con motivo de haberse cambiado en nuestro país la flecha en el tránsito.

La caricatura mostraba que todos los automóviles, que todos los medios de transporte circulaban en la dirección de la nueva flecha y, a contramano, venía Quijano. Recuerdo que mi padre reía de buena gana ante esta caricatura, ante esa salida de "Peloduro", y decía: "Así es Quijano; así fue siempre desde que lo conocí en la Facultad de Derecho".

En muchas oportunidades le escuché referir la trayectoria brillante de Quijano en las aulas cuando disputaba con su condiscípulo Daoiz Cerdeiras, la medalla de oro que finalmente obtuvo por sus méritos extraordinarios como estudiante, méritos que luego habría de acreditar en todas las facetas y en todos los órdenes de la vida en que le tocó actuar.

Poco tiempo antes de su muerte, por una circunstancia fortuita, tuve oportunidad de dirigirle una correspondencia que no creí que fuera contestada, y sorpresivamente, fechada el 24 de abril de 1984 recibí su respuesta; una respuesta generosa, plena de calidez humana, con recuerdos afectuosos hacia mi padre fallecido treinta años atrás, y donde terminaba diciendo lo siguiente, demostrativo de que tenía la premonición de su próximo fin: "Espero que esta correspondencia no se interrumpa; aún no sé, es una indecisión que me corroe, si mi exilio tendrá fin". Y su exilio, desgraciadamente, no tuvo fin.

Pero, el personaje, por su misma extraordinaria significación, excede con mucho el marco de las referencias personales y familiares; el marco de las simpatías y de las antipatías singulares.

Quijano, que había nacido con el siglo, un 21 de marzo del 900, era el último gran representante de esa generación. Me atrevería a decir que junto a Luis Batlle, fue el único gran representante de esa generación.

Esta afirmación que realizo merece una explicación. Es cierto que todos los hombres públicos del 900 irrumpieron, advinieron a la vida pública en la tercera década de este siglo, bajo las presidencias de Serrato y de Campisteguy, en un momento de la vida de nuestro país en que sus mayores, los de la generación anterior, luchando en todos los planos, desde las Cátedras, en el Parlamento y en las cuchillas, habían hecho realidad, finalmente, las instituciones democráticas que habían estado inscriptas en las letras de la Constitución de 1830, en la Carta Fundacional, pero que no se habían hecho realidad hasta la Reforma de 1918 y que se habían consolidado con las grandes leyes electorales de 1924 y de 1925. Los integrantes de esa generación no se sintieron convocados a una nueva gran empresa nacional; todo les había sido dado por sus mayores y nuestro país parecía encarrilarse definitivamente por la senda de la democracia política y, además, en un marco de bonanza económica.

La crisis mundial del año 1930 y el golpe de Estado de 1933 les parecieron a los hombres de esa generación, de todos modos, episodios pasajeros, meros traspiés en el camino, que iban a ser fácilmente superados.

Los beneficios económicos que derivaron para nuestro país de la Segunda gran Guerra Mundial y, posteriormente, del conflicto bélico de Corea, hicieron que muchos siguieran alimentando la ilusión y durmiendo la siesta. De allí que me atrevo a sostener que de esa generación solamente Carlos Quijano y Luis Batlle, dejaron un surco hondo en la vida del país, e influyeron en la opinión pública decisivamente: desde el poder, Luis Batlle; desde el llano y la tribuna periodística, Carlos Quijano. Pero cabe preguntarse por qué siendo un hombre de esa generación, que poseía esa conformación espiritual, esa manera de ser y de integrarse a la vida nacional, tuvo un sentido hipercrítico y por qué fue un gran inconformista. Creo que diversos factores permiten explicar esa manera de ser y esa modalidad extraordinaria de la personalidad de Quijano.

Naturalmente que es fácil decir que Quijano fue, ante todo, un hombre de extraordinario talento, pero creo que eso no explica por sí solo el fenómeno de su modalidad temperamental porque hombres de gran talento hubo muchos otros en este país y no tuvieron la lucidez y la persistencia de Quijano para denunciar los males que lo azotaban y que resultaban signos agoreros de tiempos tristes.

Podríamos citar a tantos hombres de extraordinario talento en nuestro país, como lo fueron entre otros José Irureta Goyena, Juan José Carbajal Victorica, Justino Jiménez de Aréchaga, Emilio Frugoni y Dardo Regules, pero ninguno de ellos tuvo la lucidez extraordinaria de Carlos Quijano.

Creo, como lo señaló el señor senador Traversoni, que hay una etapa en la vida de Quijano que lo marcó a fuego y definió su vocación contestataria, si es que cabe llamarla así.

Fue su paso por París, desde el año 1924 a 1927, usufructuando una beca que ganó como estudiante excepcional, donde se codeó con Haya de la Torre, Miguel Angel Asturias, Ingenieros y otros jóvenes y hombres con vocación por las alturas. Allí adquirió una visión universal de los problemas, que le permitió evadirse del enfoque casi aldeano —habitual en nuestro país— de los problemas latinoamericanos y de la patria chica, que siguió siendo habitual por muchas décadas.

Al retorno de París, Quijano fundó, en el año 1928 la agrupación "Democracia Social", junto a otros hombres jóvenes del Partido Nacional y obtuvo un triunfo electoral que fue mucho más allá de las expectativas de esos jóvenes políticos que hacían su primera incursión en el panorama electoral del país. Posteriormente, ese primer éxito resonante no volvió a repetirse y con el correr del tiempo fue cada vez más menguada la respuesta de sus conciudadanos al llamado a las urnas de Quijano y sus amigos. Perdió la banca en el año 1931 y tras los episodios de abstención de 1934, de 1938 y 1942, al reintegrarse a las luchas electorales bajo el lema Democracia Social, tampoco obtuvo, en 1946, un caudal de sufragios que le permitiera retornar a la Cámara de Representantes y menos aún en el año 1950, al punto de que en 1954 decidió que ese no era su camino y su función en la política, sino que su forma de adoctrinar a los ciudadanos y de hacer política era otra: era precisamente el periodismo.

En alguna oportunidad he leído en algún discurso de Irureta Goyena, que por un raro fenómeno de semántica, en nuestro país se le dice maestro a quien enseña las primeras letras; luego se le dice profesor al docente en la Enseñanza Secundaria y también en la Universitaria. Y al gran catedrático, al profesor de profesores, vuelve una vez más a decírsele maestro. Por supuesto que Carlos Quijano fue un maestro en la cátedra universitaria, que ejerció con brillo inigualado en la Cátedra de Economía Política de nuestra Facultad de Derecho. Muchos años más tarde, por imperativo del exilio, desempeñó con igual brillo en la Cátedra de Economía Política en la

Universidad de México. Pero más que maestro en la docencia universitaria, fue un maestro en el periodismo. Así lo demostró en su diario "El Nacional" de 1930 y luego en sus semanarios "Acción", mantenido durante los años de la dictadura de Terra con extraordinario sacrificio y "Marcha", nacido en 1939, que para sus fundadores iba a tener una vida efímera de pocos meses y que se prolongó irradiando su luz sobre todo el panorama del país y sobre la cultura nacional, hasta que la barbarie de la dictadura, en el tiempo del desprecio —como dijera Malraux— lo clausurara definitivamente en 1974.

Don Carlos Quijano demostró en sus editoriales de "Marcha" que era un hombre de extraordinaria cultura, que no es por cierto la pasajera información, y por sobre todas las cosas, evidenció una clarividencia extraordinaria: enseñaba siempre el camino y hacía prever a los que no lo veían, cuáles eran las acechanzas del mismo. Anunciaba los percances que nos esperaban en la ruta, ante el descreimiento de muchos que veían en él un negativismo exagerado, pero que al cabo de los años tenían que reconocer que casi siempre Quijano tenía la razón.

En múltiples oportunidades demostró en el semanario "Marcha", la grandeza de su espíritu. Al partir de este mundo muchas grandes figuras de la política con las cuales había tenido muy pocas coincidencias y casi siempre enconados enfrentamientos, surgía la necrológica de Quijano, generalmente la de mayor brillo, para destacar las virtudes de quienes en vida no lo habían acompañado en la lucha política.

Así, a la hora de su muerte, se reprodujeron con sobrada razón las famosas páginas que escribió al deceso de Luis Alberto de Herrera y también cuando se fue de este mundo Luis Batlle Berres. Y creo que también es de justicia recordar —aunque en algún caso me comprendan las generales de la ley— los magníficos editoriales, las magníficas necrológicas surgidas de su pluma ante el fallecimiento de Dardo Regules y de Juan Andrés Ramírez.

Entre otras cosas, fue un maestro del suelto breve.

Recuerdo que en cierta oportunidad, un periodista que era una figura de segundo o tercer plano, creyó poderle marcar el rumbo y enjuiciarlo por su conducta. Esta persona era apodada "Bebote", Quijano liquidó el pleito en el título llamándolo "Bobote". Dominó como casi nadie el arte de la titulación. Muchos de sus editoriales han quedado para la historia en ese sentido. Así, por ejemplo, "A rienda suelta", que acaba de recordar el señor senador Traversoni; como otros que se titulaban "Los doce del patíbulo"; "La carreta fantasma", "El cocodrilo recién se desayunó" y además dos piezas imborrables que escribió en el exilio y que muy poca gente en este país conoce: "Réquiem para Don Nadie" cuando Bordaberry fue desalojado del poder nominal que ocupaba y "El rey está desnudo", cuando cayó el dictador argentino Galtieri, tras la hecatombe de Las Malvinas.

Más allá de su vocación y de su jerarquía periodística, de su maestría para este oficio, en el que seguramente no ha de tener sucesores, valen y cuentan sus definiciones en todos los planos del quehacer político de la vida nacional. Algo se ha recordado sobre su posición ante el advenimiento inminente del poder militar en el país.

Pero mucho mejor y más elocuente, que lo que yo pueda decir, es reproducir su propio pensamiento.

El 27 de octubre del año 1972, en un editorial titulado "Confusiones peligrosas" dijo Carlos Quijano: "Coquetear con el depositario de la fuerza sólo puede conducirnos hoy a los más sombríos mañanas. Los gobernantes, ¿quién lo duda? pueden ser civiles o militares; pero el gobierno debe ser civil, gobierno civil, para citar un sólo ejemplo, fue el de Gestido, que era militar. Se induce a error cuando se mezclan personas e instituciones, personas y poderes. Como se induce a error también creemos cuando se habla de un sólo enfrentamiento valedero: pueblo y oligarquía. Es trabajar en un plano puramente abstracto. Esa contradicción es la fundamental; no la única y tampoco, en la ocasión, la previa. Ya sabemos que, por suerte, hay militares, y no deben ser pocos, que son del pueblo, que pertenecen al pueblo por su raíz y por su origen y que están con él. Pero el problema es otro y nada se gana con eludirlo; mejor dicho se corre el peligro de perder mucho. De lo que se trata pura y simplemente, es de que el poder militar no sustituya al poder civil; el poder militar en su conjunto, como tal. Se trata de que el fusil no mande. El gobierno de cualquier poder constituido que tiene fines específicos, organización propia, unidad, es siempre peligroso. Así, un gobierno teocrático, ejercido por los ministros de un culto; así y con más razón, el ejercicio por el poder que es el depositario y custodio de la fuerza. Todo entonces se mezcla y no hay equilibrio, ni garantías posibles. Porque el fusil es omnímodo".

Y después del 9 de febrero, cuando en los hechos ya se había dado el golpe de estado, en un editorial del 16 de febrero titulado "La Era de los Militares", dijo Carlos Quijano: "Y no hemos vivido tantos largos años como hemos vivido, para renunciar y dar la espalda, movidos en el mejor de los casos por cegadores espejismos, a lo que siempre hemos creído: al poder militar como tal, como organización con personalidad, disciplina y fines propios —distinto es el caso de los militares cuando actúan como ciudadanos independientes— no le corresponde ejercer el poder político. Es una conmixtión peligrosa que el país, intuitiva o conscientemente, sobre todo después de las dolorosas experiencias del siglo último, siempre ha mirado con desconfianza y siempre ha terminado por rechazar".

Luego, anunciaba con clarividencia la muerte de las instituciones democráticas en el país, que se produjo cuatro meses más tarde. Y concluía: "De esta muerte cuya duración nadie puede prever, nacerá, si no bajamos la guardia, otro Uruguay mejor. Así lo sabemos. Nunca hemos pecado contra la esperanza. ¿Por qué habríamos de hacerlo ahora cuando la sombra ya está al alcance de la mano? Tiempos hay para todo. Tiempo para quedar sólo, también. No sería la primera vez. Puede sí que sea la última. Pero eso no importa. Otros verán lo que nos fue negado o no supimos conquistar". Y otros vimos lo que le fue negado.

En ese mismo editorial "La Era de los Militares", Quijano tuvo otras definiciones o expresó otros conceptos que no resisto la tentación de leer, porque revelan la maestría insuperable de su estilo en el momento en las Fuerzas Armadas, por medio de sus Comandantes en Jefes, violando la Constitución, desacatando al Poder Civil, y a su jerarca natural, que lo era y lo es hoy y como siempre el Presidente de la República, habían decidido por sí y ante sí, la destitución del Ministro de Defensa Nacional, el General Francese.

Dijo entonces Carlos Quijano: "el designado ministro de Defensa renuncia y durante horas y días, el presidente de la república que no se resigna a abandonar su puesto, conferencia con los mandos.

Para sobrevivir, el señor Bordaberry pierde las razones de vivir. La opción, sin embargo no era dudosa: resistir o dimitir. Eligió someterse. Prefirió el emparchado a la decisión. Para él, según se desprende de sus propias palabras, lo fundamental es durar hasta el término de su mandato, aunque ese su mandato penda de un hilo que no está en sus manos y aunque del poder consiguiente sólo ejerza, menos del que le compete o poco o nada.

Al cabo de esas largas y, presumimos, febriles deliberaciones, el presidente logró su propósito: quedarse y mantener, con algunas hondas grietas, eso sí, la fachada. El general Francese fuese; el señor Ravena, pasó a Defensa, materia de su especialidad como es notorio y el coronel Bolentini ocupó Interior. Los demás ministros siguieron sentados en los mismos sillones. Aquí no ha pasado nada. Lo que recuerda la anécdota de la joven incauta casada con un bígamo del que tuvo mellizos. Anulado el matrimonio, el juez sentenció: 'Vuelvan las cosas a su estado de antes'. Para la niña incauta y sus desolados padres fue, en verdad, difícil. Lo será también y más, ahora, volver a lo de antes, porque ahora contare-

mos, entre otros, con el regalo del organismo cuyas finalidades y formas de integración aún están en la penumbra pero que, de acuerdo con las propias palabras del propio señor Bordaberry — profeta de la esperanza y del optimismo— "asesorará al presidente de la república en la tarea de crear las condiciones de seguridad (sic)— ¿cuáles son esas condiciones y quién las determina? —"preguntaba Quijano"— para el logro de sus objetivos nacionales.

Ahora —agregó— (como se ve leímos esa pieza de antología que es su último discurso), "a través de estos medios las FF.AA. tendrán el camino jurídico (sic) abierto para abordar la nueva misión que el Poder Ejecutivo les encomienda: en setiembre de 1971 recibieron el encargo de asumir la conducción de la lucha antisubversiva; ahora reciben la misión de dar seguridad (sic) al desarrollo nacional". Hasta aquí el Presidente Bordaberry.

Proseguía Quijano: "Además —no ha de olvidarse— los mandos expusieron en algunos comunicados —4 y 7, según creemos recordar— las directivas —¿es un programa?; ¿es un plan?; ¿es sólo un catálogo de aspiraciones generales?— de la acción del gobierno. El programa, no lo traza el partido triunfante, no lo redactan el presidente y sus ministros. Lo elaboran, y custodian su cumplimiento, los mandos.

Ciertos exégetas, más realistas que el rey, se han dado a la apasionante y fecunda tarea de analizar tales comunicados. Donde dice negro debe entenderse blanco y donde se ha puesto coma corresponde que vaya punto y coma.

"El Cosena" —proseguía Quijano— "tendrá así su carta orgánica elaborada por anticipado y también por anticipado, explicada, analizada y comentada".

Podría proseguir, pero no quiero cansar a los señores senadores con la transcripción completa de este brillante editorial.

También Quijano nos dejó un mensaje que se ha publicado hace muy pocos días sobre su concepción de la libertad, tan breve como tajante y concluyente.

En una carta que escribió a Mario Arregui y que se publicó en un número del semanario "Jaque", pudimos leer: "La conquista de la libertad es la gran aventura del hombre.

Sigo creyendo, excuse mi ingenuidad, que la soberanía reside en el pueblo, que no hay hombres providenciales y que cuando los hay suelen ser en definitiva, peligrosos y nefastos".

Sobre el deber de la acción política en un viejo prólogo de la "Vida de Basilio Muñoz" escrita por Arturo Ardao y Julio Castro, escribió Quijano: "Las injusticias de hoy no son las de ayer. Haber contribuido a vencer a éstas no impide y sí obliga a batallar contra aquellas, de igual suerte que desaparecidas las injusticias de hoy habrá que bregar contra las de mañana. La derrota no da derecho al descanso; pero tampoco lo da la victoria, pasajera y relativa siempre. La acción política es así una construcción ininterrumpida, sin más límites en el tiempo que los de la propia vida".

Sobre el diálogo, ese tema que tanto nos preocupó a todos los uruguayos en el correr de los años 83 y 84, en un editorial escrito para los "Cuadernos de Marcha", en julio de 1983 y que tituló "Reflexiones sobre Uruguay", en el cual se oponía a la prosecución de las negociaciones de las que nos tocó ser partícipes en el Parque Hotel, a modo de salvedad preliminar y exonerando en cierta manera de responsabilidad a quienes llevábamos adelante ese diálogo, dijo Quijano fundándose en una cita de Max Weber, que en este tema había que andar con pies de plomo "Weber —expresó— distinguía, como se sabe, entre la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad. Esta última debe ser la de los políticos o la de los mejores de ellos. No tiene por qué ser la nuestra; pero no hay que despreciarla". Era una posición de comprensión y respeto hacia quienes estaban en una tesitura que no era la de él.

Luego de terminar el artículo, a modo de colofón o de posdata, dice: "Terminadas de escribir estas líneas nos llega la noticia de que los partidos opositores se han retirado del Parque Hotel. Nos felicitamos y los felicitamos".

Posteriormente, tras la libreación de Seregni, en un breve artículo titulado "Libertades", en abril de 1984, escribió: "Con júbilo recibimos la noticia de la liberación de Seregni. También la de Massera. Uno y otro y muchos más fueron víctimas de una política monstruosamente injusta, dictada y aplicada con vileza y saña.

Esas liberaciones y otras medidas semejantes no deben hacernos olvidar que los que ahora decretan libertades y desproscripciones, fueron los que encarcelaron, torturaron y mataron. No lavan con sus actos de hoy los crímenes de ayer que se produjeron y reprodujeron durante once años y que aún continúan.

Seguimos creyendo que con tales personajes, autores y cómplices, no se puede dialogar. Dialogar es reconocerles una autoridad de la que carecen. Dialogar es transar. Hay que aguantar hasta que se caigan, sin dejar de acosarlos y caerán sin duda. No tienen salida y el tiempo trabaja contra ellos. Puede que si se procede así, las penas y sufrimientos actuales se acrecienten; pero los males de toda transacción serán mayores en el mañana. Si transamos con la dictadura seguiremos siendo sus prisioneros.

Argentina ha emprendido la necesaria tarea de castigar a los criminales que la asolaron. Nosotros tenemos que hacer lo mismo. Dejémonos pues de imaginar conciliaciones imposibles y no olvidemos. Los pueblos que olvidan o ignoran la historia están condenados a repetirla".

Por supuesto que no he dado lectura a este último pensamiento de Quijano para sentar una discrepancia o un antecedente favorable a una posición política circunstancial de nuestro Partido. Lo hicimos simplemente para dejar constancia de su pensamiento ante un problema crucial en el cual el país se jugaba su destino.

Además, por supuesto, un hombre que actuó durante medio siglo en la vida del país, tuvo errores —cómo no iba a tenerlos—; tuvo limitaciones —cómo no iba a tenerlas—; si no hubiera sido lo que fue, un hombre cabal, rebosante de ardor y de tenacidad, dado al combate, testigo esclarecido y protagonista sin fatigas en tiempos de tránsito confuso, no hubiera sido combatido y no merecería éste, nuestro emocionado homenaje que queremos terminar trayendo a la memoria palabras que escribió en un editorial del año 1971, el último antes de las elecciones de aquel año, dedicado a las personas que lo habían acompañado en largos años de lucha política y que ya no se encontraban en este mundo. Decía así Quijano: "Y puede el mundo no olvidar —decía Malraux en su oración a Grecia— el grave cortejo de los muertos de antes y de ayer que monta en la noche su guardia solemne y eleva hacia nosotros su silencioso mensaje, unido por primera vez, al viejo encantamiento de Oriente: '¡Y si esta noche es una noche del destino, bendita sea ella, hasta la aparición de la aurora!' ".

Si el destino quiso hundirnos en la noche para que nos esforzáramos por alcanzar la aurora, bendigamos al destino y no olvidemos a nuestros muertos que no han abandonado la guardia y velan por nosotros".

A todos nuestros muertos, a los "de antes" y a los "de ayer" —entre estos, digo yo, en la primera fila a Carlos Quijano— "porque la patria nueva será la vieja patria rediviva".

Sea éste nuestro mejor homenaje a este correligionario de todos los uruguayos demócratas, a este compañero de todas las conciencias puras.

Nada más, señor Presidente.

(Apoyados)

SEÑOR RODRIGUEZ CAMUSSO. — Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador.

SEÑOR RODRIGUEZ CAMUSSO. — Señor Presidente: qué fácil, leyéndolo, admirarlo; qué fácil conociéndolo, quererlo; y qué fácil, estudiándolo, aprender. ¡Qué difícil, sin embargo, y qué complejo procurar dar cabida a una personalidad tan polifacética en un homenaje que siquiera parcialmente procure resultar adecuado a sus características!

El homenaje a Carlos Quijano es el homenaje a quien integró impar, irreductible, razonador, erudito, durante mucho tiempo, la mejor historia nacional. Fue una personalidad de múltiples atractivos y, también, inevitablemente, el homenaje que le tributemos debe incluir numerosas aristas. Pienso que leyendo las oraciones que se le tributen en el Parlamento, en la Universidad, en cualquier otro medio, quien tome contacto con ellas recordará lo que ocurrió en la alta Edad Media a los Padres de la Iglesia, cuando obligados a explicar por qué la vida de los santos que se suponían de inspiración divina, pero incurrían en tantas contradicciones entre sí, decían que eran "diversi non adversi" y, también, inevitablemente nuestros homenajes, los que proceden de diversos sectores políticos, serán distintos o lo están siendo, aunque no opuestos, e incluirán, cada uno de ellos, elementos, como nuestro propio homenajeado, que levanten exámenes y polémicas.

¿Qué homenajear hoy, preferentemente? ¿Al estudiante encendido que ya en 1917 presidía el Centro Ariel, buscando contribuir a la creación de un cauce popular para la enseñanza universitaria? ¿Al joven que sacudió estremecido sus primeras rebeldías ante la penetración imperialista estadounidense en las hermanas naciones centroamericanas y, particularmente, en Nicaragua, ya en la aparicencia lejana década del '20? ¿Al inquieto político que pasó brevemente por el Parlamento y que lo hizo dejando la estela de su lucidez y de su fermental pensamiento? ¿Al Carlos Quijano que supo aunar de modo supremo una fina valoración histórica, con raíz blanca en la formación de la nacionalidad, con una sustancial concepción socialista que mantuvo inalterable y que reafirmó hasta el fin mismo de sus días? ¿Al periodista insigne? ¿Al de "El Nacional", aquél incomparable diario de fines de la década del '20? ¿Al del semanario "Acción", lúcido, combativo? ¿Al del histórico "Marcha", presencia primerísima en la historia toda del periodismo latinoamericano? ¡Cuánto hemos enriquecido o procurado enriquecer nuestro espíritu en los años de la clandestinidad, concurriendo regularmente a la Biblioteca Nacional y leyendo con cuidado y detenimiento las colecciones de "El Nacional", de "Acción" y de "Marcha"!

Homenajear al Quijano de los editoriales documentados, a veces ácidos casi tanto como la realidad misma; al Quijano que admiraron algunos, que no comprendieron muchos y que ignoraron tantos; al Quijano cuyos editoriales nunca se redujeron a las palabras del relato o a las cifras del cálculo porque siempre su dimensión trascendió a las unas y a las otras; al hombre que abrió caminos a una pléyade de valores excepcionales que no sabríamos cómo enumerar; desde el número uno de "Marcha" cuando asomara allí, casi oculto, casi anónimo, con la esplendidez de su talento quien, en nuestra opinión, es y difícilmente algún día deje de ser, el más grande novelista uruguayo de todos los tiempos, Juan Carlos Onetti; desde él, desde su profundidad y su genio hasta el caricaturista inspirado e incomparable Julio Suárez; desde la crónica cinematográfica que deslizaba la adjetivación fluída y atrayente del querido y recordado Arturo Despouey, hasta la página Internacional, siempre, por lejos, la más rica y mejor informada; desde el periodista obrero, en todo tiempo con importante cabida en sus columnas, hasta el pensamiento filosófico denso, esclarecedor, pulcro, que alcanza tan alta significación en la pluma de Arturo Ardao. ¿Qué son, en definitiva, todas nuestras palabras tan modestas, junto a las suyas? ¿Qué significaría que habláramos, inclusive, interminable o documentadamente junto a lo que dicen, a lo que transmiten simples párrafos tomados de su copiosa producción periodística? ¿Qué tema se le escapó? ¿Qué reflexión suya no fue profunda? ¿Qué inquietud de Carlos Quijano no tuvo dimensión en el pensamiento y trascendencia en el tiempo? Fue un demócrata claro; pero no cualquier demócrata. Con sus palabras: "Creemos haber comprendido que la democracia política, lisa y llana, no es tal sino una mistificación. La libertad es un mito cuando el hambre aprieta o simplemente amenaza". ¿Qué cabe agregar? ¿Qué cabe rectificar? ¿Y qué cabe suprimir?

Sobre el pensamiento marxista, ¿qué dice Quijano? "Si alguna formación tenemos, ella no es otra que la marxista. A todo lo largo de nuestra vida, Marx nos ha ayudado a pensar. Nutrió en la época de las primeras y dilatadas lecturas, nuestra mocedad. Renán decía que el vino de la iglesia dejaba para siempre, su aroma en el vaso. A Marx, una vez conocido, no se le puede olvidar. Marca e impregna. Volvemos siempre a él, para refutarlo, para contradecirlo, para negarlo; pero también para confirmarlo y confirmarnos. Y hemos de agregar —confidencia intrascendente— que también nos ha dado capacidad para soportar, a través de muchas lecturas, a tantos y tantos economistas que al cabo de sus sutiles devaneos, creen descubrir lo que él descubrió o intuyó hace cien años y aplican nombres nuevos, por regla general, pedantes, a fenómenos viejos".

¡Qué estilo, qué profundidad y diafanidad en sus expresiones! Naturalmente, ellas podrán ser compartidas o no.

Habló también de la reforma agraria y escribió mucho sobre ella. ¿Cómo definir la síntesis de su pensamiento al respecto? El decía: "Quiérase o no, tendremos que encarar y resolver la reforma agraria en el país. En esta hora de crisis y derrumbe de los valores económicos nacionales, lo único que parece encontrarse a flote es la granja y la pequeña explotación. El Estado tiene que precipitar la reforma compeliendo a los reacios, expropiando, entregando tierras y tratando además, para evitar males mayores en el futuro, de no perder el dominio eminente sobre estas tierras".

Naturalmente, Quijano habló y escribió muchísimas cosas trascendentes sobre la Universidad. ¿Cómo elegir un párrafo que lo defina? Tomemos uno, aunque podrían ser innumerables: "Pero además de poco serviría, suponiendo que en las condiciones presentes pudiera la Universidad realizar en la abundancia sus fines, crear un gran foco de cultura y una élite intelectual extraordinariamente capaz e informada, mientras el país sigue siendo lo que es. Sobre un fondo de miseria y en buena parte de barbarie, alzaríamos un mandarinato intelectual, hermético y lejano. No; el problema universitario no puede desvincularse en modo alguno del gran o de los grandes problemas políticos del país".

¿Era o no un hombre que trascendía largamente los problemas de su tiempo?

Claro está que también habló del comunismo aunque es notorio que nunca fue comunista. ¿Qué dijo en relación al "peligro del comunismo"? "Cuento para bobos, excitante para viejas crédulas, material para tinterillos y escudo para políticos logreros, el peligro comunista no pasa de ser un cuco. Lo malo no es el comunismo; lo malo es que se esgrime su posible advenimiento para poner la carne de gallina a los pacíficos burgueses de este país, donde los avanzados son como los franceses de Siegfried: dicen tener el corazón a la izquierda, pero no olvidan nunca que tienen el bolsillo a la derecha. Lo malo es eso, repetimos, porque a la sombra de tan estúpida mentira se arman y crecen las reacciones más brutales".

Habló de torturas. ¡Habló de torturas! Y dijo: "Pasan y pasan los días. Las denuncias se han precisado. Las comisiones han ido y venido. Pero entretanto los funcionarios concretamente señalados como torturadores siguen en sus puestos, impunes, inmunes y bien rentados. Pasan los días; pero no deben pasar ni nuestra indignación ni nuestro afán de justiciera indignación".

Naturalmente, también habló del imperialismo. ¿Cómo seleccionar un par de frases entre tantas tan bien dichas? Dijo, por ejemplo: "El Departamento de Estado de los Estados Unidos es el propagandista de los banqueros y su defensor. Influye primero para colocar los empréstitos en Wall Street. Acude después —las armas en la mano— cuando el servicio de los empréstitos se paraliza. La historia de Nicaragua lo muestra como el agente de negocios y el soldado de los banqueros. Hasta

ahora, la Casa Blanca ha sido una fachada. El gobierno, el real gobierno, lo ha tenido Wall Street". Esto lleva medio siglo de escrito; ¡cómo se diluyen los años e inclusive las décadas, y cómo, al igual que cuando leemos queridos y admirados autores clásicos, nos sentimos, a través del tiempo y el espacio, hermanados con ellos e interpretados por ellos!

Quijano habló de formas de oposición política; ¡él, que toda su vida fue un opositor! Dijo: "La oposición por fórmulas políticas ni convence ni entusiasma a las masas. Y los trabajadores del país tienen derecho a pensar que los hombres que se combaten por esas fórmulas pero se juntan para defender sus intereses, son en definitiva siempre sus enemigos comunes".

Claro está que también habló de reforma constitucional, él que asistió a tantos y tantos intentos de tales reformas. ¿Qué dijo? "Las reformas constitucionales, tan caras a ciertas oligarquías, no deben servir de cortina de humo, de beberaje estimulador para las masas. Lo que necesita el país es algo más: una honda revolución —que no tiene por qué hacerse siempre con escopetitas— que lo transforme de la raíz a la superficie".

¿Qué agregar? ¿Qué comentar? ¿Qué decir?

Las constantes de toda su vida fueron las siguientes: antiimperialismo definido e intransigente; integración latinoamericana, ansiada y permanentemente buscada; constitución de un frente de avanzada que permitiera sumar fuerzas, con una concepción radical de los problemas políticos y sociales.

Carlos Quijano siempre llamó a las cosas por su nombre. Le dijo a la crisis lo que era; jamás pretendió edulcorar realidades negativas o limitantes; llamó a la mediocridad por su nombre y nunca transó con ella; calificó con severidad y firmeza cualquier forma de entrega; atacó a la demagogia y fue su antítesis durante toda su vida, y denunció componendas sin disimulo ni transacciones.

Con respecto a su tiempo, Carlos Quijano fue un avanzado. Tal vez, como al personaje nietzscheniano, sólo el pasado mañana le perteneciera.

Desde la primera hora apoyó a la coalición política en cuya representación tengo el honor de homenajearle. Entendió que esta coalición —para cuya formación tanto hizo durante tanto tiempo— respondía a sus concepciones fundamentales.

Carlos Quijano ilustró generaciones con aquellos recordados y admirables Cuadernos de Marcha que espigaron en los orígenes del ser nacional, que se proyectaron hacia todos los campos del acontecer en todos los rincones del planeta y que enriquecieron considerablemente el acervo nacional en el arte, el pensamiento y la cultura. Denunció con altivez y con inmensa autoridad la catástrofe de 1973 y sus resultados.

Carlos Quijano mantuvo su estilo y su lucha durante su duro y amargo exilio. Nos estremeció profundamente el apoyo que nos hizo llegar en la difícil hora en que desde la clandestinidad sosteníamos el voto en blanco de 1982.

Carlos Quijano, lejos, sufrió la angustia de amigos y de compatriotas muertos, torturados y desaparecidos.

Señor Presidente, con un convencimiento profundo y una determinación que no le va en zaga, pienso que nuestro homenaje a Quijano sería retórica —y retórica vacía— si no lleváramos hasta el fin la lucha por esclarecer el destino final de su entrañable, nuestro entrañable Julio Castro.

Carlos Quijano murió lejos, casi solo: otro baldón —y de qué peso— para la dictadura. Las nuevas generaciones, éstas que en los últimos años han llenado las calles y han luchado con denuedo, que están hoy firme e indeclinablemente dispuestas a conquistar aquello a lo que Quijano dedicó su vida, poco lo conocen todavía. Pocos lo han leído; muchos no saben cuán importante fue durante treinta y cinco años amanecer los viernes comprando "Marcha" para enriquecer nuestro fin de semana con su cuidadosa lectura. Estoy convencido de que esos jóvenes van a saber todo esto. Quijano no vivió ni escribió para una generación o tiempo determinados. Sin duda alguna sus artículos van a ser editados; sin duda alguna una calle importante llevará su nombre.

Sé que se seguirán rindiendo homenajes y pronunciando discursos, pero el Homenaje con mayúscula se lo hará un pueblo uruguayo liberado, sin explotación dentro ni dependencia fuera; un Uruguay artiguista, latinoamericano, culto, próspero, libre y justo en la distribución de sus riquezas. Ese homenaje, el de cada día, el de cada actitud, el de cada definición, es el que su memoria esclarecida —en nuestro concepto— merece y el único que —estamos seguros de ello— hubiera querido.

El Uruguay de ayer, del que fue eminente exponente, no volverá porque la historia no se repite. Pero Quijano trasciende su generación y su tiempo y a su ejemplo nos brindamos para que en la proyección de su vida luminosa hacia el futuro florezcan, perfumadas, espléndidas, e incontables rosas.

SEÑOR CANABAL. — Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador.

SEÑOR CANABAL. — Señor Presidente: siento que no estaría conforme con mi conciencia si en este homenaje al doctor Quijano no pronunciara unas muy breves palabras.

Conocí al doctor Quijano siendo yo muy joven, con motivo de un episodio al que el señor senador Traversoni hizo referencia hace breves instantes. Me refiero a la ocasión en que su espíritu de luchador por la democracia lo llevó a participar en lo que fue un abortado movimiento armado en 1934. Posteriormente mantuve una profunda amistad con el doctor Quijano en razón de diversas circunstancias, entre otras la actividad profesional e inclusive la periodística que, en forma alternada, tuve el honor de ejercer en "Marcha" por invitación suya.

Solamente deseo expresar —porque no tendría nada que agregar a todo lo que tan brillantemente se ha dicho por quienes me han precedido en el uso de la palabra con respecto a este ilustre compatriota —que fue un hombre que tuvo el valor de sustentar profundas convicciones; que tuvo la valentía de luchar denodadamente por ellas durante su larga vida y que, además tuvo el inmenso coraje —que es un ejemplo, sobre todo para las jóvenes generaciones— de ceñir invariablemente su conducta a esas convicciones.

Señor Presidente: con estas palabras rindo homenaje emocionado a tan ilustre ciudadano como fue el doctor Quijano.

SEÑOR RICALDONI. — Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador.

SEÑOR RICALDONI. — Formulo moción para que la versión taquigráfica de las palabras pronunciadas en Sala sea enviada a los familiares del doctor Quijano.

SEÑOR PRESIDENTE. — Se va a votar la moción del señor senador Ricaldoni.

(Se vota:)

—23 en 23. **Afirmativa. UNANIMIDAD.**

4) SE LEVANTA LA SESION

SEÑOR PRESIDENTE. — Se levanta la sesión.

(Así se hace siendo la hora 19 y 43 minutos, presidiendo el doctor **Enrique Tarigo** y estando presentes los señores senadores **Aguirre, Araújo, Batalla, Canabal, Cersósimo, Cigliuti, Ferreira, Gargano, Macedo de Sheppard, Martínez Moreno, Mederos, Ortiz, Paz Aguirre, Pereyra, Posadas, Pozzolo, Ricaldoni, Rodríguez Camusso, Senatore, Singer, Traversoni y Zorrilla**).

Doctor ENRIQUE TARIGO
Presidente

Dn. Mario Farachio
Dn. Félix B. El Helou
Secretarios

Dn. Jorge Peluffo Etchebarne
Encargado del Cuerpo de Taquígrafos

INDICE DE NUMERALES